

Gorgias de Palermo

Daniel Vera

Muchas veces emprendió el estudio de la metafísica, pero siempre lo interrumpió la literatura. Para él, lo que la seriedad llama filosofía, eran ficciones que han olvidado que lo son o que, tal vez con propósitos espurios, simulan haber alcanzado ese olvido. Notó, sin patetismo y sin intención terapéutica, que esas perplejidades vestidas por nombres ilustres eran de índole verbal. En su tercer mundo (*Orbis Tertius*; según otros: el planeta Tierra) no se puso a disputar con los filósofos ni pretendió escrutar el “verdadero” significado de teorías y sistemas, acaso para no involucrarse en una polémica superflua; su propósito no era instruir ni aleccionar, sino entretener. Alcanzó, sin embargo, por añadidura, una meta que otros habían perseguido con un rigor inútil: puso ante el lector -por lo menos: ante algunos de sus lectores-, una crítica no filosófica de la filosofía; manipuló con gracioso oficio la sintaxis y descentró las categorías habituales para incluir las peripecias de la razón entre las criaturas de la imaginación, sueños que sucesivamente van a dar a otros sueños: escribió que los hombres de Tlön catalogaban a la filosofía como una rama de la literatura fantástica.

Un tocayo suyo, Gorgias de Leontini -otro y tal vez el mismo, si es que la autoría es parte de la ficción y, como lo quisieron también Hegel y Aristóteles, los pensamientos pertenecen a un solo sujeto inexistente pero irreal (*work in progress*)-, había logrado un efecto similar al describir la tarea de los fisiólogos en términos de habilidad retórica. Ludwig Wittgenstein, quizás por llamarse Luis, se había figurado la filosofía como el arte de reacomodar perpetuamente los libros de una biblioteca desechando la ilusión de que alguno de ellos alcance alguna vez su lugar definitivo; lo hizo con el afán de liberarnos del hechizo que ejercen sobre nosotros las formas de expresión. Gorgias Ludwig practicó aquel arte sin aspirar a este resultado. Vio que la asimilación de la poesía a los

oficios de la magia y el encantamiento había sido demasiado trillada y producía ya cierto cansancio; frente a los poetas encantadores lució sus habilidades de poeta desencantador, y lo hizo con la pericia suficiente para mostrar que la prestidigitación se ejercía también en vecindades presunta y ostentosamente ajenas a todo encanto, entre ellas la metafísica y la injuria. Alguna tarde comprendió que la eternidad puede ser un pasatiempo y colocó las fábulas de Platón junto a las historias de Scherezada. El realismo no era menos convencional que los demás géneros.

En un momento de duelo, trastornado por el dolor, confesó el peor de los pecados: no haber sido feliz; la hipérbole es del todo excusable, porque ella misma es alivio del pesar, y porque las felicidades que su autor ha prodigado en otros tópicos, promueven la absolución de semejante culpa. Para muchos, entre los que me gustaría contarme, es además merecedor de una acción de gracias, debido al hecho fortuito de que sus textos prodigiosos apartaron sendas vigiliadas del seguro camino de la ciencia y las llevaron a un perenne y placentero extravío en los laberintos de la literatura.